

Paula BRUNO, Alexandra PITA y Marina ALVARADO, Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2022, 166 pp.

*María Soledad González**

Fecha de recepción: 06-09-2022
Fecha de aceptación: 05-12-2022

La obra a cargo de Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado se despliega a partir de la noción de "embajadoras culturales" focalizando en el rol de las mujeres estudiadas que "ejercieron en tanto 'hijas' de sus países en otros territorios" (p. 15). Esto la ubica como un valioso aporte a la investigación, no sólo por la recuperación de trayectorias de mujeres que oficiaron como importantes articuladoras y mediadoras, sino fundamentalmente por la interrogación sobre sus condiciones de posibilidad en diferentes marcos. Así, las autoras reflexionan en extenso sobre las dificultades que las mujeres analizadas debieron enfrentar en la diplomacia y los circuitos transnacionales, pero también se detienen sobre los despliegues, las redes y las sociabilidades en las que dejaron su impronta.

Con base en un estudio preliminar desarrollado por Paula Bruno, se entretienen luego tres partes a través de los abordajes de cada una de las autoras del libro. En relación a la primera, también a cargo de Bruno, se abordan las trayectorias de tres mujeres del espacio rioplatense -Eduarda Mansilla, Guillermina Oliveira Cézar y Ángela Oliveira Cézar- en una periodización que abarca desde mediados del siglo XIX a comienzos del XX. Allí pueden advertirse los intensos despliegues relacionales de estas mujeres que ejercieron sus destrezas lejos de la pasividad. El enfoque por el que su autora optó muestra una minuciosa reconstrucción desde la perspectiva que propone al inicio del libro junto a un elemento sustancial: la reflexión en torno a documentos y archivos. A partir de esta lectura, Mansilla -quien ingresa a la vida diplomática a partir de su matrimonio con Manuel Rafael García Aguirre- se transforma en una testigo crucial que nos lega retratos de varias figuras de los circuitos de la vida diplomática de la época, tanto de varones como de mujeres. De esta manera, buceando por un universo de cercanías y distancias, se abren las posibilidades

* Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (IGEHCs). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Argentina. E-mail: msgonzalez@live.com.ar



de indagación y se posibilitan nuevos derroteros de análisis. En relación al tratamiento de Guillermina Oliveira Cézar también se desarrolla una importante búsqueda sobre las referencias en las fuentes. Sus menciones al inicio se dan a partir de los reporteros que la infantilizan en los primeros años de su matrimonio con Eduardo Wilde. Es a partir de los testimonios de viaje de Wilde que se empieza a recuperarla desde un “nosotros”, desde una reconstrucción mediada por la presencia de su esposo. Con esos documentos, se compone parte de la interioridad de la vida diplomática y política. En relación a esto, en los primeros viajes del matrimonio se advierten ciertos aprendizajes en torno a circuitos y vínculos, necesarios luego para adentrarse en ese complejo universo. El recurso a lo comparativo sitúa a Guillermina Oliveira Cézar arribando a Washington en una situación marcadamente diferente a la de Eduarda Mansilla en torno a la década de 1860 (p. 52). En lo que respecta a la posterior experiencia del matrimonio en Europa, destaca cómo Guillermina Oliveira Cézar comenzaba a tener más visibilidad a partir de un importante rol como anfitriona. El tratamiento de la correspondencia personal es otro elemento crucial, ya que desde allí es posible acceder a los profundos costos de esas experiencias. Luego de la muerte de su esposo, en 1913, es importante mencionar cómo se adentró en otros espacios ligados a la acción social, en particular a la Cruz Roja Argentina y a la Sociedad de Beneficencia y, sobre el final de su vida, asumió tareas como comisionada del Estado, destacándose como una importante articuladora entre Argentina y el exterior. Por último, en lo que atañe a la trayectoria de Ángela Oliveira Cézar, a diferencia de las anteriores, ésta no se concibió en los circuitos internacionales del servicio exterior, pero sí ganando notoriedad a partir de los denominados “Pactos de mayo” de 1902 entre Argentina y Chile. En ese marco, fue quien le propuso a Roca emplazar como signo de paz y fraternidad una estatua de Cristo en el límite de la cordillera, dándole un manto simbólico al tratado (p. 67). Más allá de las tensiones y el llamado al silencio, la concreción del Cristo Redentor fue considerada por ella el inicio de su trayectoria pública, y sus experiencias posteriores la posicionaron en 1907 como una figura clave del pacifismo. En el análisis se presentan las estrategias que desplegó para hacerse conocer, cuando en realidad se buscaba ocultar sus destrezas y acciones, y cómo finalmente adquirió ciertos reconocimientos.

Avanzados ya en la segunda parte del libro, a cargo de Marina Alvarado, la misma se detiene en el tratamiento de las trayectorias de tres mujeres chilenas: Carmen Bascuñan, Emilia Herrera y Amanda Labarca. Allí, la autora se adentra en estos perfiles a partir de dos nociones: “intradiplomacia” y “oficio diplomático” (p.98). En relación a Bascuñan, vuelve a señalarse el tema de la escasa información disponible hasta el momento, y se expresa que se conserva solo un documento con su firma, una carta que permite entender el rol de las mujeres consortes de miembros de legaciones en la segunda mitad del siglo XIX (p. 102). La recuperación que realiza de Bascuñan retoma testimonios de mujeres y su cruce con la prensa, en especial con la crónica social. En relación a Emilia Herrera y Martínez también pueden

percibirse los problemas referidos a la documentación e información disponibles, cuestión que no le impide a la autora realizar un intenso trabajo sobre las redes trazadas por esta mujer a partir de amistades y afectos, incluso con intelectuales argentinos. Si bien no poseía títulos o cargos, el trabajo desplegado logra ubicarla como una mujer de la alta sociedad con un capital relacional y social notable, que no solo le permitió hacerse escuchar sino, fundamentalmente, peticionar fuertemente frente a figuras de peso de la época. En líneas generales, se la percibe gestionando como una importante mediadora en asuntos políticos, teniendo incluso una influencia tan considerable como la de los varones diplomáticos. Otro punto relevante del aporte de Alvarado es la comparación que realiza entre las mujeres tratadas, lo cual le permite notar matices y contrastes diferenciadores. Por último, en lo que respecta a Amanda Labarca, el análisis de su trayectoria sitúa en un lugar central a la educación, donde la legitimidad ganada como profesora universitaria facilitó adentrarse en su papel como embajadora educativa y funcionaria. Perteneciente a una familia de las capas medias de la capital chilena, con un importante ascenso social por medio de sus estudios universitarios y su matrimonio, la importancia de las redes y estrategias trazadas por Labarca son consideradas como centrales en un abordaje que no deja de mostrar las tensiones y diferencias, muy especialmente con Gabriela Mistral.

La tercera parte del libro, a cargo de Alexandra Pita, está dedicada al análisis de la chilena Gabriela Mistral y dos mujeres mexicanas, Palma Guillén y Concha Romero. El trabajo sobre dichas trayectorias se da en un marco que, como expresa la autora, habilitaba a las mujeres a que accedieran a la vida diplomática y a los organismos internacionales. Lo hace fundamentalmente a partir de la correspondencia, que le da acceso no solo al abordaje de las redes trazadas por estas mujeres, sino a poner en un lugar central a sus experiencias más que a una clásica visión institucional. Como mediadora cultural en Nueva York encontramos a Romero, quien conectó a numerosas figuras culturales de América Latina. A partir de su tratamiento, Pita traza un interesante recorrido donde focaliza en algunos puntos sobre los límites para las mujeres casadas en relación a ejercer su autonomía, defender su salario y encargarse de roles domésticos y maternos (p. 133). En el caso de Mistral en México, puede notarse durante su estadía el nexo con Palma Guillén, junto a quien encararía con posterioridad un intenso trabajo en el servicio exterior y los organismos internacionales europeos. Entre las conexiones y amistades de Mistral, la autora se detiene con mucha sutileza en el vínculo con la argentina Victoria Ocampo. Con todos los elementos analizados pueden vislumbrarse las proyecciones a nivel transnacional de las mujeres abordadas que, aunque transitaron por caminos para nada sencillos, lograron construir redes, espacios y fundamentalmente una carrera.

Embajadoras culturales es una invitación a problematizar el rol desarrollado por varias mujeres latinoamericanas en la vida diplomática pero, además, se convierte en una

oportunidad para seguir tensionando con preguntas nuevas sobre un ámbito de reflexión ya abierto hace años por la historiografía en torno a documentos, mujeres y archivos, y plantear desde allí nuevos desafíos a partir de las limitaciones o dificultades en su tratamiento.

Con una clara apuesta sobre las trayectorias de mujeres podemos arribar a un conocimiento situado de experiencias, contrastes, matices, conflictos y encuentros en un marco amplio que se extiende desde 1860 a 1960. La opción por lo comparativo sostiene una estructura de análisis donde encontramos intensos despliegues y aprendizajes, circuitos y redes, articulados a partir de las agencias de mujeres con una alta cuota de creatividad, muy lejos de las sombras y los silencios.